

CB. 1029974

BC RM F/101

EDUARDO LEÓN Y ORTÍZ

TIEMPOS Y TIEMPOS

ENSUEÑO

CON MOTIVO DEL

Don Quijote de la Mancha



Imp. á cargo de Eduardo Arias, San Lorenzo, 5, Madrid.




R.V.
F.22

86 (Leos . 7. Tiempos)
86-8 11 1977

TIEMPOS Y TIEMPOS

Al eminente literato e ilustre caballero
D. Francisco Rodríguez Marín

S. León y ortiz


TIEM

DON QU

EDU

IMPR

TIEMPOS Y TIEMPOS

ENSUEÑO

CON MOTIVO DEL

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

POR

EDUARDO LEÓN Y ORTÍZ



MADRID

IMPRENTA Á CARGO DE EDUARDO ARIAS
San Lorenzo, núm. 5.

1905

"Rodríguez Marín"

Es propiedad.

PRÓLOGO

1890-1891

PRÓLOGO.



SENTÍAME mareado con el arreglo de libros. Otro día acabaría de ordenar los que esparcidos por la mesa y por varias sillas quedaban. Sentéme y un buen espacio estuve contemplando los estantes ya llenos y los que faltaba completar. Dejé vagar después mis ojos por los libros de la mesa. En un montón estaban las novelas *Ivanhoe*, *Quintín Durward* y *El último Abencerraje* con obras poéticas del Duque de Rivas y de Zorrilla.

—Seducen y encantan— me dije— estos libros del período romántico. No querían entonces los novelistas y poetas imitar clásicos modelos griegos ni latinos, y dejaron correr

la imaginación por donde bien les parecía. Copioso manantial hallaron no pocos de ellos en la Edad caballeresca, heredera de aquellos antiguos pueblos del Norte que honraban el valor, revestían de cierta solemnidad en sus asambleas los comienzos del guerrero y llevaban consigo al combate las mujeres á fin de que su presencia diese alientos para la victoria. Verdaderamente hay mucho atractivo y bellezas sin cuento en esa Edad en que, por fe religiosa unida á dignificado amor, se acometían nobles y arriesgadas empresas.

¡Cuánto agrada ver al caballero que justifica su dictado mostrándose siempre leal, compasivo, intrépido y generoso! No mancha la traición su escudo ni la mentira sus labios. Están prontas sus armas á defender al necesitado de apoyo por orfandad, opresión ó desventura. Porfía en la guerra por el puesto de mayor peligro. Si le desmontan, pelea á pie. Pero el ardor del combate no le ciega ni quita nobleza á sus impulsos: detiene la espada sobre el enemigo desarmado ó herido y trata con hidalguía al prisionero. Acontécele volver victorioso, y una dulce

mirada le recompensa de tanto riesgo con temeridad afrontado.

¿Cómo no sentir también admiración por la dama, objeto del constante amor? Enaltecida por el heroísmo que inspira y por el homenaje que recibe, afánase por merecer respeto y alabanzas. Señálase por su fidelidad, recato y discreción, por sus nobles sentimientos y por sus distinguidas maneras sociales, juntando á todo esto esforzado ánimo, porque entre dama y caballero sus altas prendas y dotes, por estímulo natural, de uno á otro se reflejan. Debajo de la coraza ó de la cota de malla únese al valor la ternura y debajo de las ricas telas y los preciados adornos la ternura va del valor acompañada.

A estos ideales en aquella Edad se aspiraba, y los novelistas y poetas románticos tuvieron ante sí campo espacioso donde, entre escenas de amor, demandas y combates, dar relieve á los personajes que se acercaban á modelos tan magnánimos sobreponiéndose á las pasiones que á otros muchos detenían ó alejaban. Favorecía, además, á estos autores el atractivo de un pasado en lejana perspectiva que le ofrece mayor que otro más

cercano. Cuidaron, por añadidura, de no imaginar proezas que traspasaran los límites de lo verosímil, y si alguna vez recurrían á lo maravilloso sobrenatural, de algún modo personificado, hacíanlo con discreto comedi-miento. El astrólogo de los horóscopos, el hechicero y el alquimista, presentábanlos más bien como tipos de aquella Edad; pero no hacían intervenir hadas que favoreciesen á los caballeros ni malignos encantadores que los persiguieran y contrariasen.

A este punto llegaba de mis reflexiones, cuando un soplo de viento por entre los entornados cristales del balcón revolvió varios periódicos ilustrados que sobre la mesa había y echó algunos al suelo. Al recogerlos, quedó abierto uno de ellos y no pude menos de sonreírme al ver el burlesco grabado que me ofrecía.

Cubierto de hierro de los piés á la cabeza, un caballero de la Edad Media visitaba una Exposición industrial que en la presente edad se celebraba, y al pasar junto á un grande y poderosísimo imán en forma de herradura, era de pronto arrebatado del suelo y con el espaldar de su coraza adherido al

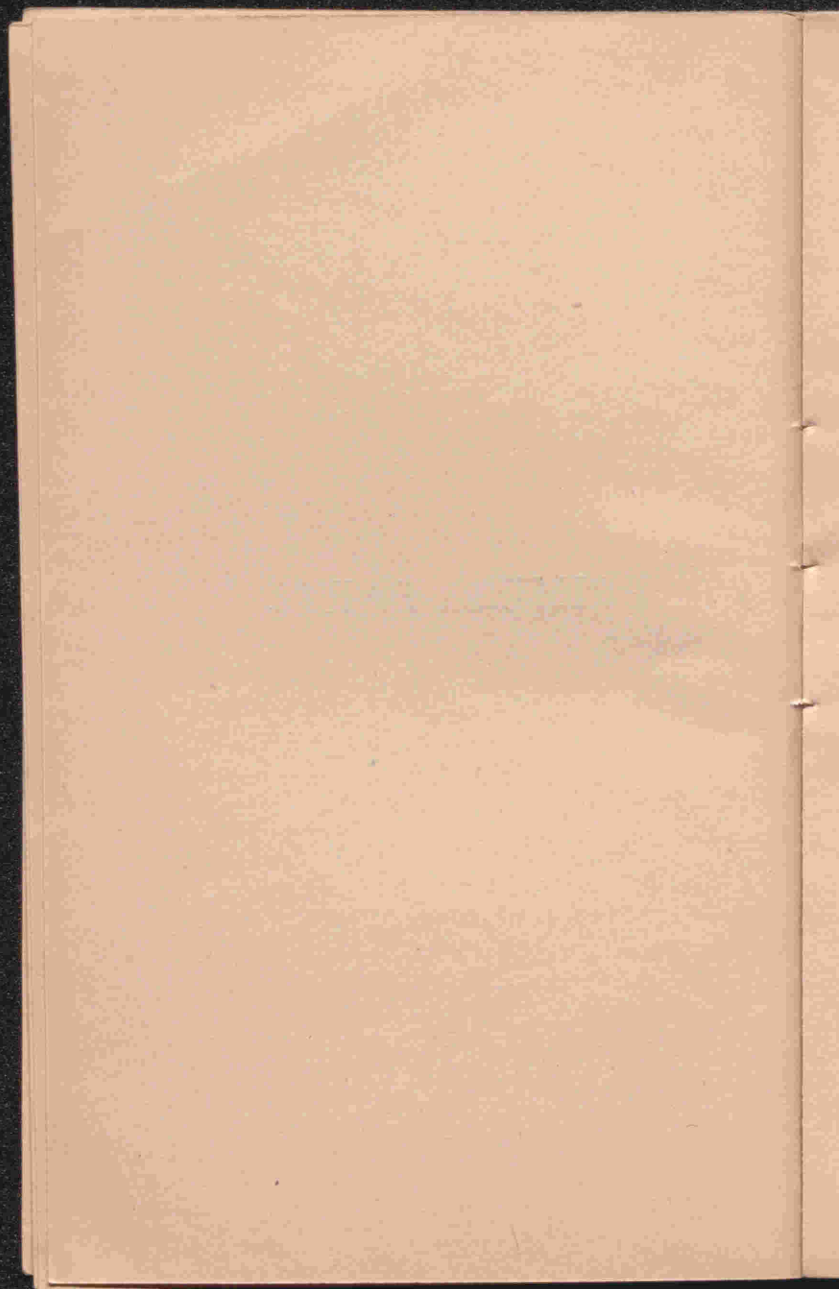
imán quedaba braceando y pataleando, queriendo desprenderse del endiablado aparato que le tenía á su pesar convertido en nadador sin agua. ¡Qué contraste el de su risible suspensión y movimiento con el valeroso continente que mostraría el mismo guerrero, ya á caballo afirmándose en los estribos y enristrando la lanza para abrirse paso entre la muchedumbre de enemigos, ya á pie, junto al caballo derribado, esgrimiendo la espada para defenderse de los combatientes que le acosaran!

Viendo de tal manera expuesto á la burla al que con sus armas y valor debía infundir respeto y causar admiración, díme á imaginar singulares aventuras que acaso hubieran corrido el Ingenioso Hidalgo de la Mancha y su gracioso escudero, si saliendo de su aldea, sin que á ella llegara nueva ninguna de adelantos que en otros puntos se conocieran, hubiesen encontrado en ellos algunas de las modernas invenciones.

De muchacho, por imitación de lo que á otros viera hacer, habíame entretenido á veces en alternar las hojas de un libro con las de otro para ponerlos luego sobre la mesa

apoyados por las dos tapas no apareadas y ver cómo por su peso á sendos lados las hojas se iban repartiendo. Al soñar ahora entre despierto y adormecido, repetí mi entretenimiento de chico, si bien intercalando pobres páginas de un día entre otras tan ricas que nunca se agotan y tan duraderas que siempre viven.

PRIMERA PARTE



PRIMERA PARTE.

I.



UCEDIÓ que otra noche, yendo por el camino real Don Quijote y Sancho, al salvar un recuesto vieron á lo lejos multitud de lumbres que de dos en dos avanzaban hacia ellos en rápida procesión, y largo trecho detrás, y como queriendo vanamente alcanzarlas, otras muchas lumbres agrupadas, y ellas entre ellas un tanto revueltas. Detuvieron el uno su rocino y el otro su rucio, suspendiéndose en extrañas imaginaciones, el amo coligiendo famosa aventura y el criado temiendo fantasmas como en el pasado encuentro con los enlutados. Hacía gran curva el camino y se veía bien patente el correr de las lumbres,

que eran de varios colores y parecían veladas como si mucha polvareda las envolviese.

—Esta es, Sancho—dijo Don Quijote,—una de las más calificadas aventuras que pude soñar. ¿Ves esas lumbres delanteras? Pues son de encantadores y gente maligna que llevan hurtada una princesa, y las otras lumbres que las siguen son de caballeros que corren por salvarla. Mas yo ayudaré á éstos deteniendo á los otros.

No respondió Sancho, que dentellaba de miedo. Avanzaban entre tanto las lumbres, y al llegar las delanteras á lo recóndito de la curva, la serpiente luminosa que formaban pareció un momento replegar la cola y en seguida estirla para correr derechamente hacia ellos. Creció el temor de Sancho, quien se apartó á un lado del camino, mientras Don Quijote embrazaba su rodela y terciaba su lanzón, determinado de desbaratar la maligna tropa. Pero dispúsole de otro modo la suerte, porque al acercarse aquellas lumbres, acompañadas de un incesable golpear que hería y lastimaba los oídos, con el estruendo se alborotó *Rocinante* y, tomando el freno entre los dientes, salió

del camino y corrió por el campo, y cuando pudo sosegarle Don Quijote, no lejos de donde Sancho estaba, ya por delante de ellos pasaba la impetuosa comitiva con su espantable ruido, causando suspensión y maravilla, porque, al resplandor de las lumbres, á través de la nube de polvo que sólo dejaba ver formas indecisas, alcanzaron á distinguir coches y figuras humanas, pero no caballos; como que aquella comitiva era compuesta de varios jóvenes que querían hallarse en un pueblo donde se prometían grandes fiestas y que allá en automóviles se encaminaban.

—Sólo los diablos—dijo Sancho—pueden correr de ese modo.

—Pues aunque el mismo Satanás los capitaneé, he de alcanzarlos—contestó Don Quijote, dando de espuelas á *Rocinante*, que esta vez obedeció, porque ya el estruendo sonaba lejano.

—Repórtese vuestra merced—gritóle Sancho,—que es asaz de locura lo que intenta. ¿No advierte que acaban de pasar y ya el ruido apenas se oye?

Volvió riendas Don Quijote, resuelto a esperar las otras lumbres. Eran éstas de otros

jóvenes que al mismo pueblo se dirigían montados en velocípedos, y, al acercarse, se oyó rumor de voces, con el cual más claramente sonaban algunos silbos, de lo que mostró *Rocinante* inquietud con algunos saltos y corcovos, pero no salió del camino. Pronto llegaron las lumbres á donde Don Quijote estaba, y Sancho vió con espanto, á la luz de ellas, á través de la polvareda, gentes encorvadas como si enristraran lanzas y caballos que, si lo eran, debían de estar en puros huesos, pues sus cuerpos apenas se distinguían, y no le asustó menos mirar á su amo, cuyo semblante, con los reflejos, ya parecía rojo de cólera, ya verde de miedo.

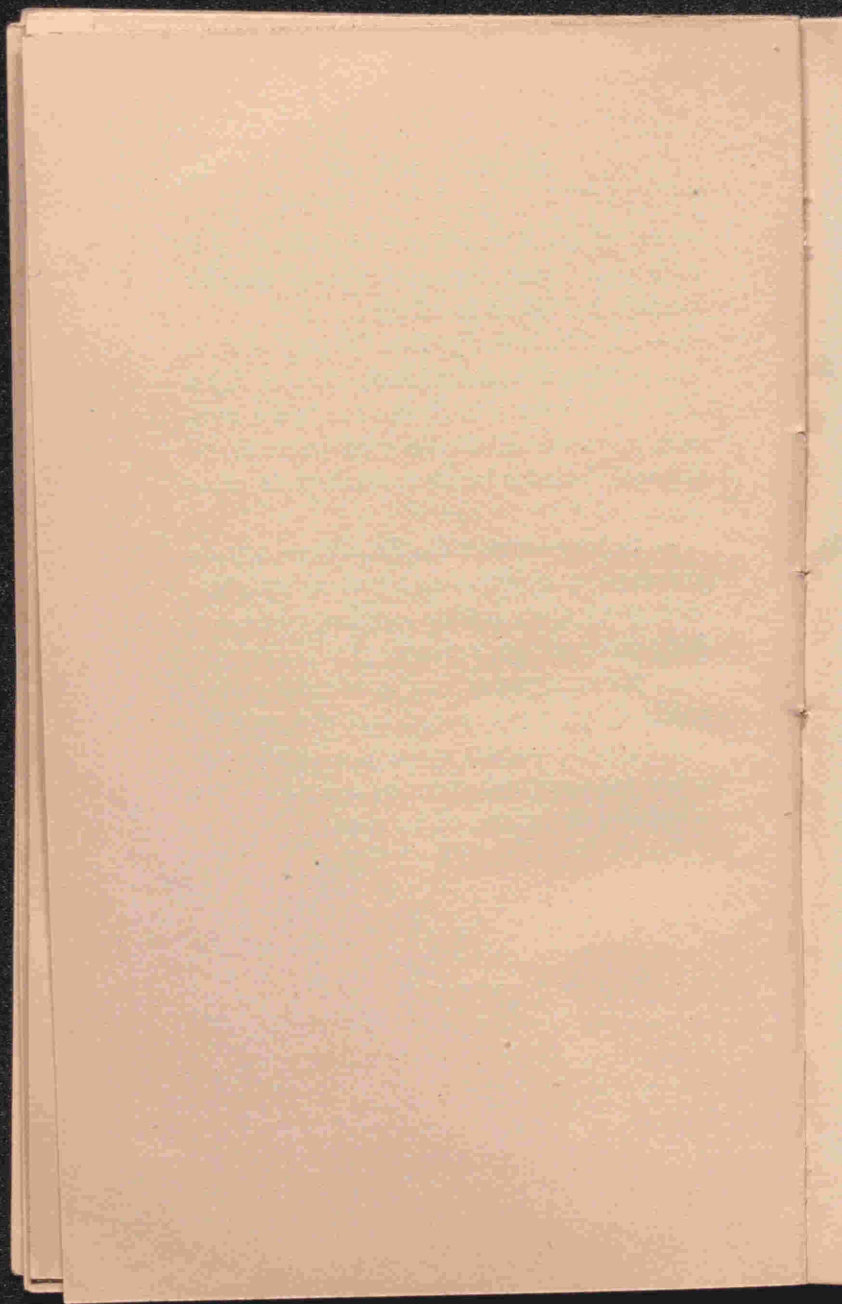
—Deteneos, señores—decía Don Quijote,—y decidme si vais en seguimiento del encantador que lleva hurtada la princesa, que por mi fe de caballero que he de ayudaros.

Grandes risas tuvo por respuesta, y arremetiéndolos airado, derribó á uno, mientras los otros pasaron como exhalaciones. Quiso Don Quijote preguntar al caído; pero éste, temeroso del lanzón del hidalgo, se levantó y echó á correr, sin pensar por entonces en

su velocípedo. Quedó desierto el campo, y el amo y el criado contemplaron el singular despojo habido en la refriega.

—Dí, Sancho—dijo Don Quijote, — si no me persiguen encantadores, cuando dejan una que parece silla de montar, pero cambian en ruedas el caballo y en rastreros estribos de afilador los altos estribos de caballero.

— Señor — contestóle Sancho, — soy de parecer que dejemos esta extraña cabalgadura y sigamos nuestro camino, que quien hace un cesto, hace ciento, y si el encantador, por castigarnos, nos muda del propio modo el rocín y el rucio, mal año para las aventuras de vuestra merced, teniendo que ir los dos á pie, una mano en el lanzón ó las alforjas y otra mano en las ruedas.



II.



N sazón llegaba á la venta tenida por castillo un tracista de visiones para hacer las de fantasmas ó espectros en una feria adonde se encaminaba, y no quiso Don Fernando desperdiciar ocasión tan propicia, pues así acabaría de convencer á Don Quijote de que no se había trocado Dorotea de su ser de princesa heredera del gran reino Micomicón, y, aunque alguna mudanza hubiesen hecho en ella ciertos acaecimientos de buena ventura, no había dejado de ser la que antes, y tenía los mismos pensamientos de valerse del invencible brazo del valeroso hidalgo.

Indicada la traza á los amigos y arregla-

do para ello un cuarto en la venta, Don Fernando dió voces diciendo que el gigante Pandafilando acababa de llegar al castillo y quería por fuerza llevarse á la hija del rey Tinacrio el Sabidor y de la reina Jaramilla. Acudió prontamente Don Quijote con sus pertrechos de yelmo, rodela y lanzón, y con la cólera y el denuedo pintados en el semblante, siguiéndole medroso Sancho y llena de curiosidad la gente del imaginario castillo.

A la poderosa luz de una lámpara que no alcanzaban á ver los espectadores, y que no se sabe si era de magnesio ó eléctrica, aparecía la hermosa Dorotea con su lindo rostro, sus rubios cabellos, la verde saya de rica telilla y el collar y joyas que adornaban el cuello de alabastro y las manos de apretada nieve. Pero no se veía á Dorotea sino su imagen, que un gran cristal, disimulado en la estancia obscurecida y preparada, producía con tal fidelidad, que cuerpo real y verdadero semejaba.

De gigante Pandafilando, vestido de moro y la cara tiznada, hacía el fantasmagorista, que era de elevada estatura, y mayor la aparentaba con el encumbrado turbante y

algún más que mediano relieve en las suelas del calzado. Puesto detrás del transparente cristal, veíasele cerca de la imagen de la fingida princesa haciendo finta, con un ancho y reluciente alfanje, de segarle el cuello si no le seguía. Mas resistiéndose ella con altivo ademán, el morazo dijo que prefería dejarla encantada, y pronunciando algunas palabras á modo de conjuro, extendió las manos como imponiendo el hechizo. Quedó inmóvil Dorotea, y el gigante, para acreditar el encanto, hendió varias veces la imagen con el alfanje, y aun la cortó á cercén, sin que saliera sangre ni señal de herida se notara.

Tan extraña vista hizo temblar á Sancho, mas no así á Don Quijote, quien, cobrando ante ella mayores bríos, corrió á castigar al morazo, diciendo en alta voz que si del encantado cuerpo de la princesa no manaba sangre por las heridas, quería ver si lo mismo al gigante le pasaba. Fué su movimiento tan de improviso, que no pudieron detenerle. Huyó el encantador asustado, dejando caer el alfanje; mas él por escapar y el hidalgo por acometerle con el lanzón, ambos por lado opuesto tropezaron á la vez con el cris-

tal, que saltó en mil pedazos. Detúvose al estruendo Don Quijote, pero pronto se repuso y buscó al gigante. No le vió por parte alguna, aunque habían dado más luz á la estancia; pero vió que Dorotea andaba y hablaba, como si ningún encanto padeciese.

Don Fernando y los amigos, que á la ficción ayudaban, significaron al valiente hidalgo con vivas palabras su contento por haber sido testigos de una tan valerosa hazaña, como era deshacer un encantamento y poner en vergonzosa huida al encantador. Agradeció Don Quijote con mucho comedimiento y cortesía las alabanzas; pero, aunque bien le sonaban en los oídos, quiso fueran antes para el alto cielo que le prestó ayuda y para aquella enemiga de su sosiego, la hermosa Dulcinea, por quien vivía y respiraba. Dicho esto, echó de ver en el suelo el ancho y reluciente alfanje y fué á cogerle; mas como éste era de aluminio, Don Quijote hubo de maravillarse de cuán poco tal arma pesaba. Probó á dar con ella algunos tajos y reveses simulados, y poniéndola en manos de su escudero, le dijo:

— Este alfanje, Sancho, está hecho con

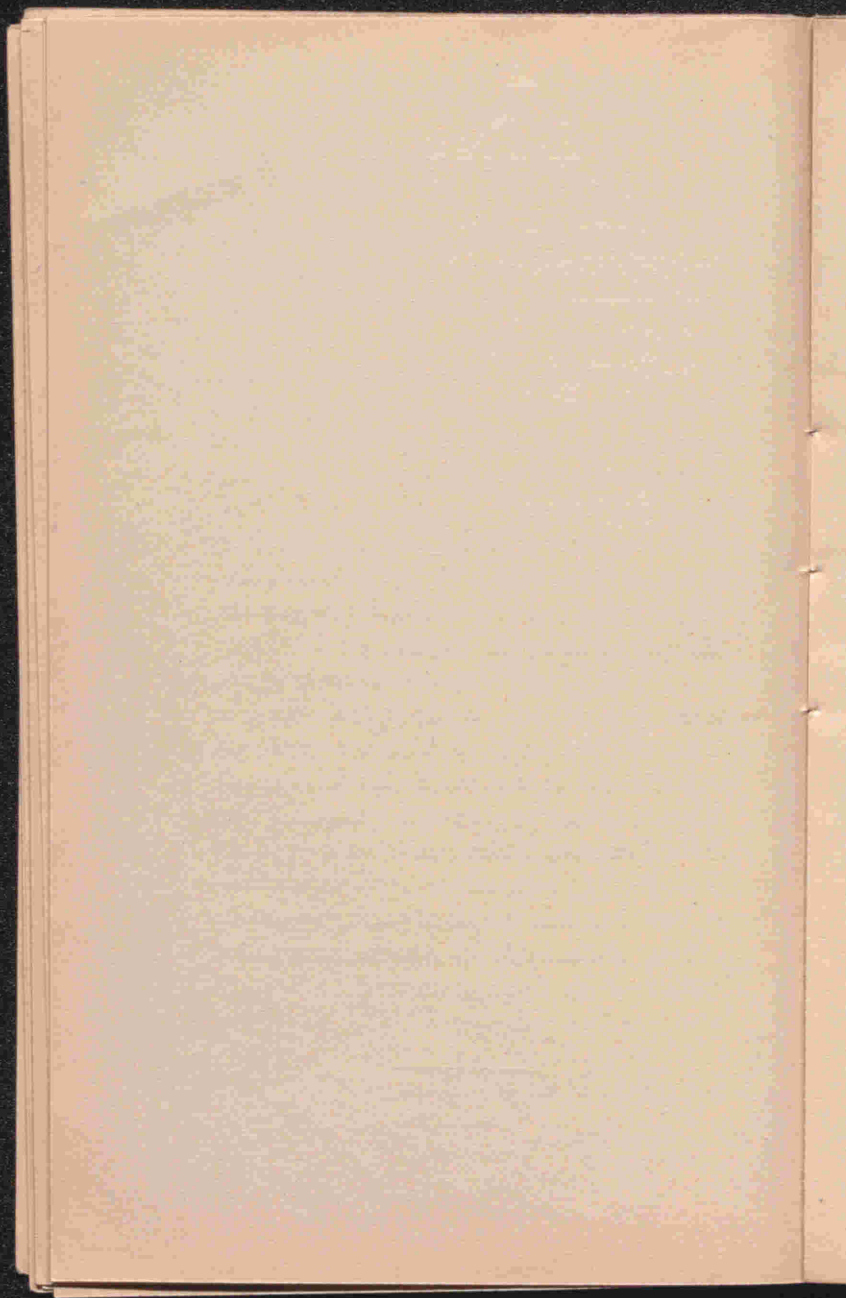
tal maestría, que casi como pluma se maneja. Quizá fuera así la espada de Amadís, contra la cual no valía ningún género de encantamento.

—Tengo para mí—contestó Sancho, después de confirmar la ligereza que se le decía—que para golpe ó tajo no está de más el peso en las armas. Dénme á mí con cañas y no con estacas.

Volvió á coger Don Quijote el alfanje, y presentándole como trofeo de victoria á Dulcinea, que de su mucha discreción necesitaba para disimular la risa, le dijo:

—Fermosa señora, ya ve la vuestra grandeza que no debe temer estando yo á su lado. Si ruines encantadores me persiguen, mi esforzado ánimo contra ellos me defiende. No dí con vuestro enemigo, porque los encantadores son sotiles para desaparecer.

—Pero no tan sotiles—replicó Sancho—que no quiebren vidrios al pasar, y ya lo vedes, si habiéndolos roto el encantador, toca pagarlos á vuestra merced.



III.



LEGRE quedó Don Quijote con la respuesta de Dorotea asintiendo á que fuese pronta la partida para restituirla en su reino, cuando en esto el ventero, que en la puerta se hallaba, mostró alteración porque, estando tan llena de gente la venta, todavía llegaba un coche con cuatro señores, seguido de criados con mulas bien cargadas. Acudieron los otros huéspedes y oyeron cómo estos señores sosegaban al ventero diciéndole que camas y aun tiendas de campaña las traían, pues eran astrónomos que en cierto cerro querían prevenir lo necesario para observar un eclipse de sol que acaecería en la próxima luna nueva.

La condición de los recién llegados huéspedes fué motivo para que con mucho agasajo los acogieran los principales señores y hermosas damas que la venta alojaba. Apenas podían los astrónomos responder á tanto preguntarles sobre los astros, su naturaleza y movimientos, á todo lo cual contestaban con discreción y cortesía. En el entretanto, habían hecho descargar las mulas, y abriendo unas grandes cajas, mostraron los instrumentos que dentro de ellas venían en fundas, estuches y colchados, para evitar golpes y roturas. Explicaron el uso de ellos, y maravillaron al hablar del espectroscopio, con que se averigua la naturaleza de los astros, discerniendo sus resplandores.

Por la noche montaron fuera de la venta un anteojo para enseñarles la luna, advirtiéndoles que, como estaba entonces en toda su claridad, no verían bien las montañas, cuyo relieve resalta mejor en los cuartos creciente y menguante con la sombra que á un lado de ellas se hace. Viéronla uno tras otro, y allí fué el admirarse todos. Dorotea, Lucinda, Zoraida y la hija del oidor turnaron muchas veces en la contemplación del astro,

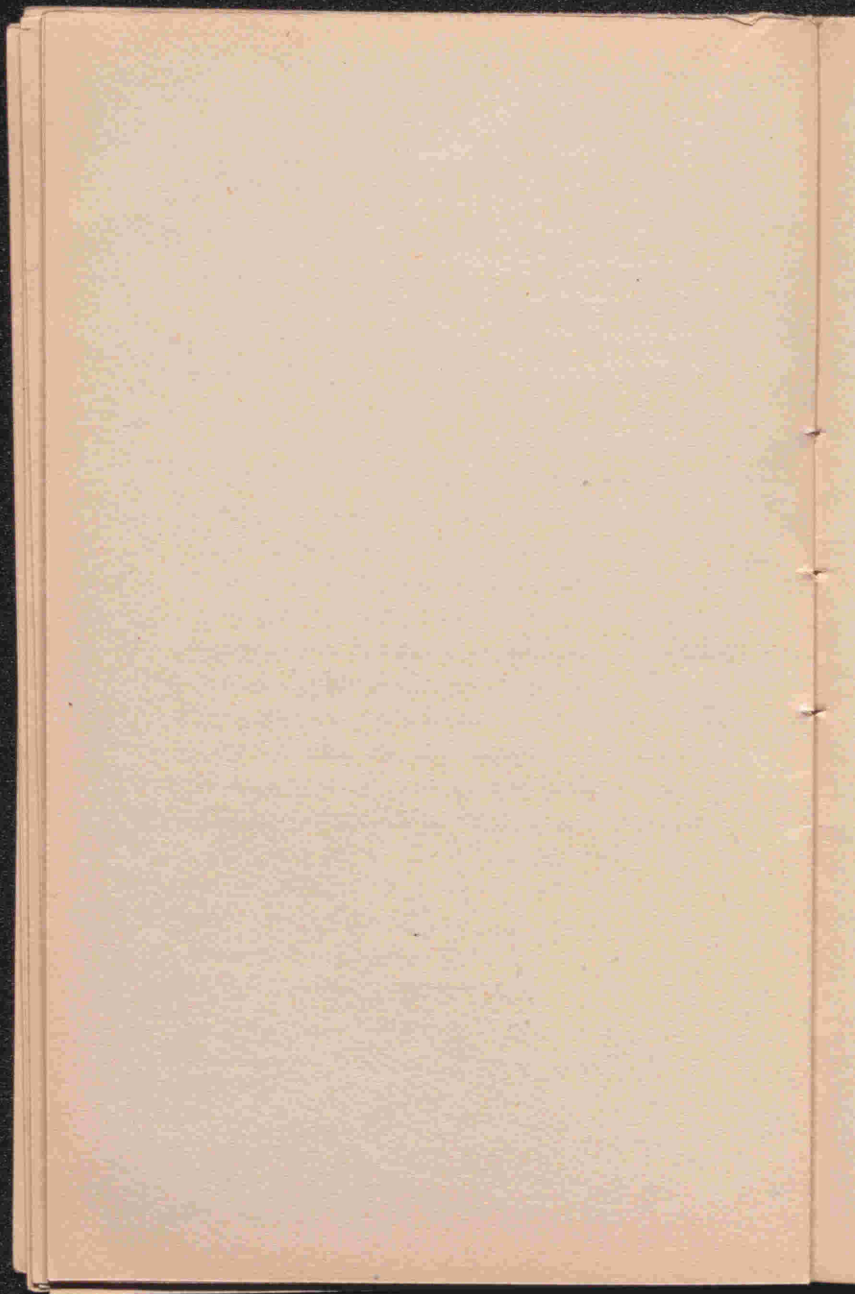
que en su lleno luminoso les parecía primoroso encaje de hilos de plata, á trozos apretado y en otros con más suelta malla, todo como nadando en plata derretida. La ventera, su hija y la moza no fueron las que menos de mirar se holgaron. En resolución, todo era hablar de las celestes maravillas, cuando Don Quijote alzó la voz y dijo:

—¡Dichoso encuentro, señores míos, este que nuestra ventura quiso hoy depararnos! Con piedra blanca señalaré este día, en que quisiera tener delante á los que niegan que haya encantadores, pues les probaría que los hay, unos mal intencionados, como los que me truecan gigantes en cueros de vino y el yelmo de Mambrino en bacía de barbero, y otros benéficos, como los que á estos astrólogos enseñan y encaminan. Concedamos no ser cosa sobrehumana predecir los eclipses, pues sabiendo, á fuerza de mirarlos, por dónde y cómo andan los astros, bien puede colegirse cuándo uno de ellos pasará por delante de otro, y por eso ya en los antiguos pueblos de la Caldea se predijeron eclipses, aunque no con la minuciosidad escrupulosa que ahora se usa. Pero díganme si no es arte

mágica que con un transparente cristal, no más que por dar curvidad á sus caras, nos hagan ver las cosas lejanas como si más cerca las tuviéramos, y que con otro transparente cristal, no más que por darle filo como de espada, nos partan la luz del sol en los colores del arco iris y nos hagan ver en ellos obscuras rayitas, que son como hilos por donde se saca el ovillo de las materias que el sol componen. Y presupuesta esta verdad de que hay arte mágica y hay encantadores, quiero que se vea también la alteza de la profesión que ejerzo, y esto se prueba con decir que nadie está tan necesitado de los andantes caballeros como los astrólogos, porque cuando miran afincadamente el cielo, y luego, dejando de mirar, quedan sumidos en honda meditación, puede acontecer que alguno vislumbre cosas tan peregrinas y tan apartadas de las recibidas en el mundo y tenidas por verdaderas que le traten de loco ó herético y le insulten y quieran vejar, y entonces el andante paladín saldrá á defenderle, porque el entendimiento es como la espada, que no hace desmerecer á quien la maneja, aunque yerre, si el golpe iba certe-

ro, pero le desvió un resalto del coselete ó le paró una oculta cota de malla. De mí sé decir que cada vez me enamora más la andante caballería, y por probar mis alientos, tentado estoy de ir á la luna, como fué Astolfo.

—¡Pecador de mí, si tal intenta vuestra merced!— dijo Sancho.— Con mal ó con bien, á los tuyos te ten. Ese Astolfo no debió de ir á la luna sino en sueños. ¿Pues no ha oído vuestra merced á estos astrólogos que allí, si hay agua, debe de andar muy escasa? ¿Y siendo así, puede acaso abundar el trigo, aun presupuesto que lo haya? ¿Y cómo, sin un sorbo que beber ni un pedazo de pan que llevar á la boca, se ha de sustentar un pobre escudero que no vive de imaginaciones, como los andantes caballeros?



IV.



O se despidió el canónigo del cura y del barbero sin advertirles que podían abreviar el regreso á su aldea, pues no lejos del camino que seguían había dos pueblos por línea férrea recién enlazados. Agradeciéronle mucho el aviso y resolvieron aprovecharle, tanto por ahorrar jornada como por conseguir, suspendiendo de admiración al amo y al criado, que más dócilmente se sometiesen á los supuestos designios de los encantadores.

Viéronse, pues, Don Quijote y Sancho ante una locomotora cuya figura, herraje, fuego y humo eran para poner espanto. Mirábanla atónitos sin comprender qué era

aquello. Por la coraza que servía de caldera, parecíales un caballo con armadura de batalla; pero la giba que encima formaba la cúpula donde se recogía el vapor que había de llevarse á dar vaivén á los émbolos impulsores, hacíales dudar si el mónstruo sería un dromedario, mientras que, por las barras y los manubrios trabados entre las ruedas, pensaban si sería un desmesurado saltamonte. Más reparando en todo, inclinábanse á creer que era un gigante, echado de pechos, con las manos y los piés apoyados en las ruedas y armado de lanzas sujetas entre cuerpo y brazos, el cual gigante, del vientre lleno de fuego, que deslumbraba y despedía intenso calor, hacía subir al largo cuello nubes de humo que por la boca exhalaba.

Sorprendíales también cierta traza de coches enganchados uno tras otro y el primero de ellos con el gigante. Miraban los carriles en que tenían apoyo las ruedas de éste y las de los coches, y notaban que había otros carriles paralelos, y otros con todos ellos cruzados sobre un gran escudo de hierro. Alcanzaban á ver, algo distantes de los coches y sobre sus mismos carriles, unos como ca-

rros enlazados también en hilera. Estaba uno de éstos cargado de sacos que un montón de grano caído revelaba eran de trigo, y había en otro carro una jaula grande de palos enrejados, por entre los cuales se veían ovejas y carneros. Todo lo miraban Don Quijote y Sancho y todo en un laberinto de extrañas imaginaciones los metía y enredaba. Pero la causa de mayor confusión era aquél gigante de hierro, fuego y humo.

— Si no anduviese yo encantado —dijo Don Quijote después que un buen espacio le estuvo mirando— arrojaríame sobre este mónstruo ó gigante, y puesto sobre él á horcajadas, como en un libro de caballería cuéntase que hizo un andante caballero con una serpiente de fuego en mitad de un río, apretaría le con fuerza con ambas manos, porque imagino que este mónstruo, al sentirse comprimido de aliento, no había de hacer menos que aquélla serpiente, que sepultándose en el río con el caballero á cuestras le llevó á unos palacios y jardines que eran maravilla; más no habiendo aquí río, quizá le diera á éste mónstruo por correr, y esto con tal rapidez que, apenas dejáramos paisajes sólo

adornados de encinas, cuando ya nos viéramos en campos floridos y en jardines donde causen deleite los naranjos y limoneros.

No contestó Sancho porque estaba atentísimamente mirando cómo el carro del boyero, con la jaula donde había venido encantado Don Quijote, lo montaban en uno de aquellos otros carros, y cómo en otro subían á *Rocinante*, al rucio y á los dos bueyes, dejándolos allí como en arca de Noé. Quiso Sancho irse á donde el rucio estaba, pero el cura le dijo que esperase y no fuese.

En esto dió el gigante un silbo espantoso, que forzó al escudero á taparse los oídos é hizo estremecer al mismo Don Quijote, á quien dijo el primero:

—¿También su merced tiembla?

—Yo no tiemblo—contestó Don Quijote,—sino que me estremezco: el temblar es de cobardes; el estremecerse, de criaturas sensibles, como lo soy yo, aunque encantado.

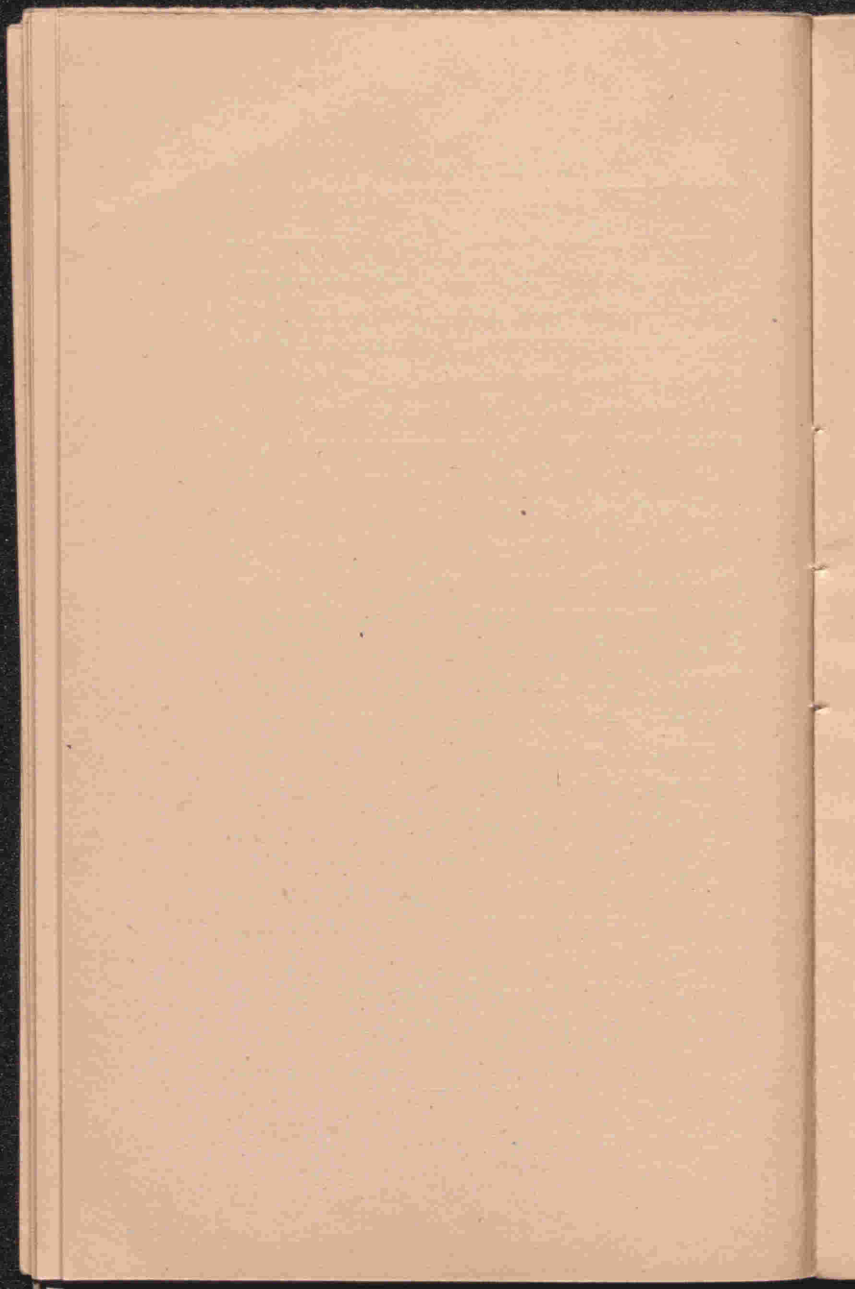
Oyóse en seguida infernal ruido de excéntricos, barras y ruedas, y el gigante retrocedió empujando los coches hasta donde estaban los carros, y luego, trayéndose también éstos, volvió adonde antes estuvo.

—Mira, Sancho—dijo Don Quijote,—mía fe, que este gigante debe de ser de privilegiada condición, pues imita á los planetas que ora retroceden en el cielo, ora avanzan, y en el intermedio se quedan parados.

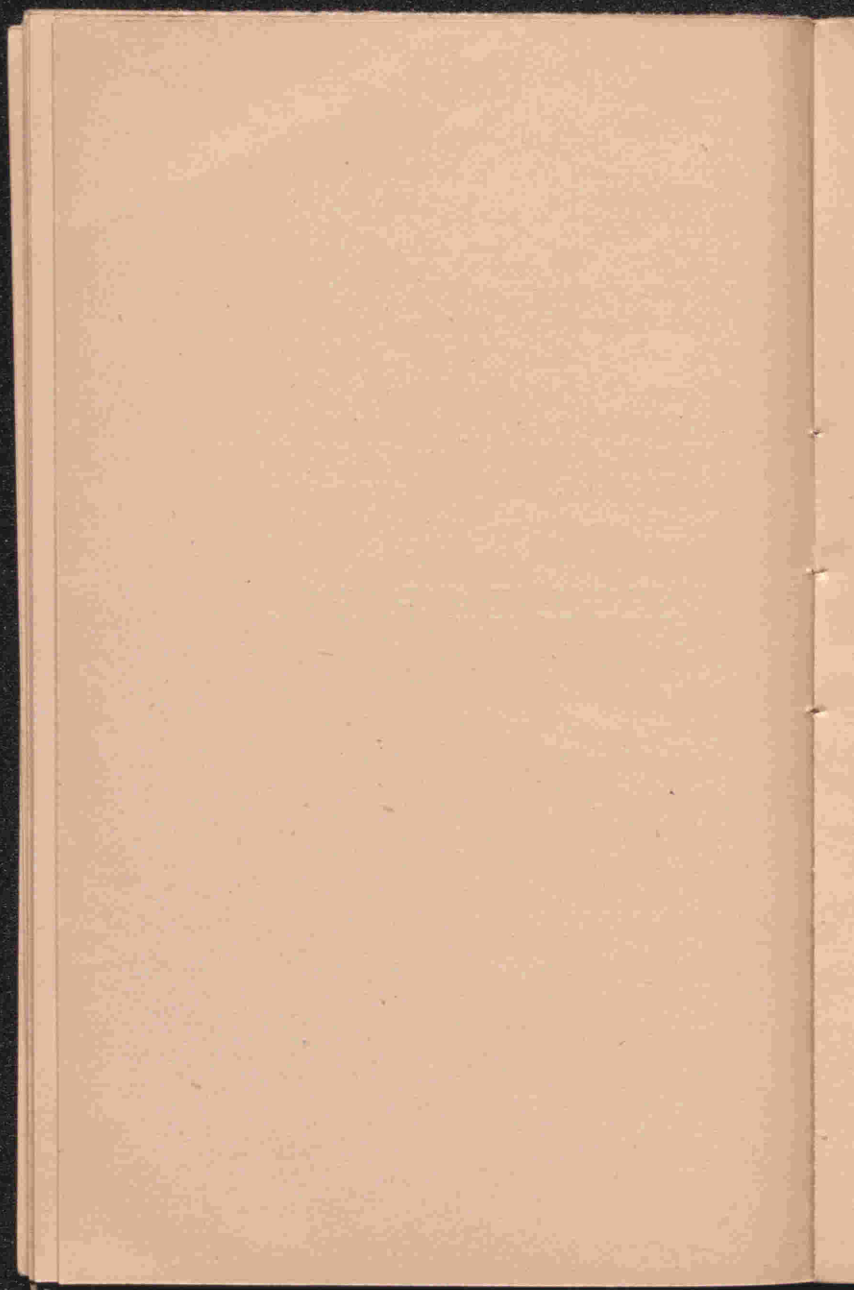
Acercóse Sancho al carro en que iba el rucio; pero como le vió muy sosegado con la compañía de *Rocinante*, se volvió al lado de Don Quijote. Había ido entrando en el andén alguna gente y empezaban á subir en los coches. Subieron en uno el cura, el barbero y el boyero, llevando á Don Quijote y Sancho, dóciles ambos, el uno como debajo del influjo de encantamento, y el otro porque decía que había que vivir mucho para ver mucho, y que yendo como iban varias personas, si alguna desventura sobreviniese, mal de muchos consuelo de todos.

Sonó de nuevo el silbo espantoso, oyóse otra vez el infernal ruido, y el gigante, arrastrando sus coches y carros, emprendió rauda carrera.

—Señor, señor—dijo Sancho,—éste sí que es encantamento: los árboles corren.



SEGUNDA PARTE



SEGUNDA PARTE.

I.



MUCHO contento sentían los Duques con tener en su casa al ingenioso hidalgo y á su escudero, y pues la sencillez de éste había llegado á pensar, por lo que la Duquesa aseveraba, que él había sido el engañado, y no el engañador, cuando presentó á su amo como hermosa y bizarra princesa del Toboso á quien más parecía tosca villana de Sayago, quisieron confirmarle en tal creencia por medio de un artificio que á la par aumentara la ilusión de Don Quijote.

Con este pensamiento, al tercer día que allí llevaban el hidalgo y su escudero, acabada la cena, dijo el Duque que le hicieran

todos merced de acompañarle á una sala donde, según aviso dado por un misterioso y extraño mensajero, el célebre Atlante, el encantador que protegió á Rugero, sabedor de que en aquella casa estaba el famoso Don Quijote de la Mancha, quería presentarse por la noche para mostrar grandes maravillas. Encamináronse allá el Duque y Don Quijote, llevando á la Duquesa en medio y detrás á Sancho, la dueña, las doncellas y los criados. Al entrar en la dicha sala vieron la pared frontera cubierta por un blanco lienzo, lo cual explicó el Duque contando que el extraño mensajero había advertido que el encantador había menester de tal lienzo para dar pruebas de su magna arte convirtiéndole, cuando nada en él se veía y era *tamquam tabula rasa*, en cuadro viviente y parlante.

Apenas se hubieron todos sentado frente al misterioso lienzo, el ruido de ropa por el suelo arrastrada les hizo volverse hacia la puerta de la sala, donde apareció un venerable anciano, de luenga barba blanca y más luenga vestidura rojiza. Saludó con la cabeza, cruzó la sala con mucha gravedad y apropiado contoneo, y paso ante paso, arrastran-

do la rozagante vestidura, fué á ponerse á un lado del lienzo, diciendo entonces con voz reposada, vuelto hacia los espectadores y encarado con Don Quijote y Sancho:

—Asendereado caballero y gobernador por asenderear: ved lo que hacen y oid lo que dicen las prendas por vosotros tan amadas.

Hizo una señal, apagáronse las luces y en seguida contemplaron todos, en el sitio donde antes vieran el lienzo, un bello, ameno y deleitoso prado, y en mitad de él tres labradoras de no muy buen rostro que, corriendo y brincando, con regocijo hablaban. Al punto fueron conocidas del hidalgo y su escudero, pues eran las mismas que ambos vieron salir del Toboso y las mismas que Don Quijote creía haber vuelto á ver en la cueva de Montesinos.

—Albricias, mi señora—decíale á Dulcinea una de sus compañeras agitando el falde-llín de cotonía,—albricias, porque Merlín asegura que no serán pasados tres días sin que vuestro valiente caballero vea á la adorada de su corazón vuelta á su pristina belleza como ninfa de hermosísimo rostro, vestida con velos de telas de plata con labores de oro.

—Esa venturosa nueva—respondió Dulcinea—me dió también Merlín, y por eso salto de alegría. ¡Oh, cuán dolida estaba, temerosa de que habiéndome visto mi cautivo amador, por arte de maligno encantamento, fea y no con la hermosura que para premiar sus altos hechos al cielo plugo darme; montada en una pollina y no en blanquísima hacanea; de humilde traje vestida y no adornada de brocado y perlas, menguara su amor y fuese el olvido la recompensa de mi constante afán!

—No os acuitéis, señora mía—dijo Don Quijote,—que el amor ve con ojos del alma, y aunque le vuelvan feo el objeto de su adoración, sigue viéndole hermoso.

—Mejor es—replicó Sancho—que esos trueques no duren mucho, y así, haga pronto Merlín lo que promete, y mi señor lo agradecerá. Pero... ¿qué diablos hay aquí de sortilegios? ¡Teresa y Sanchica!

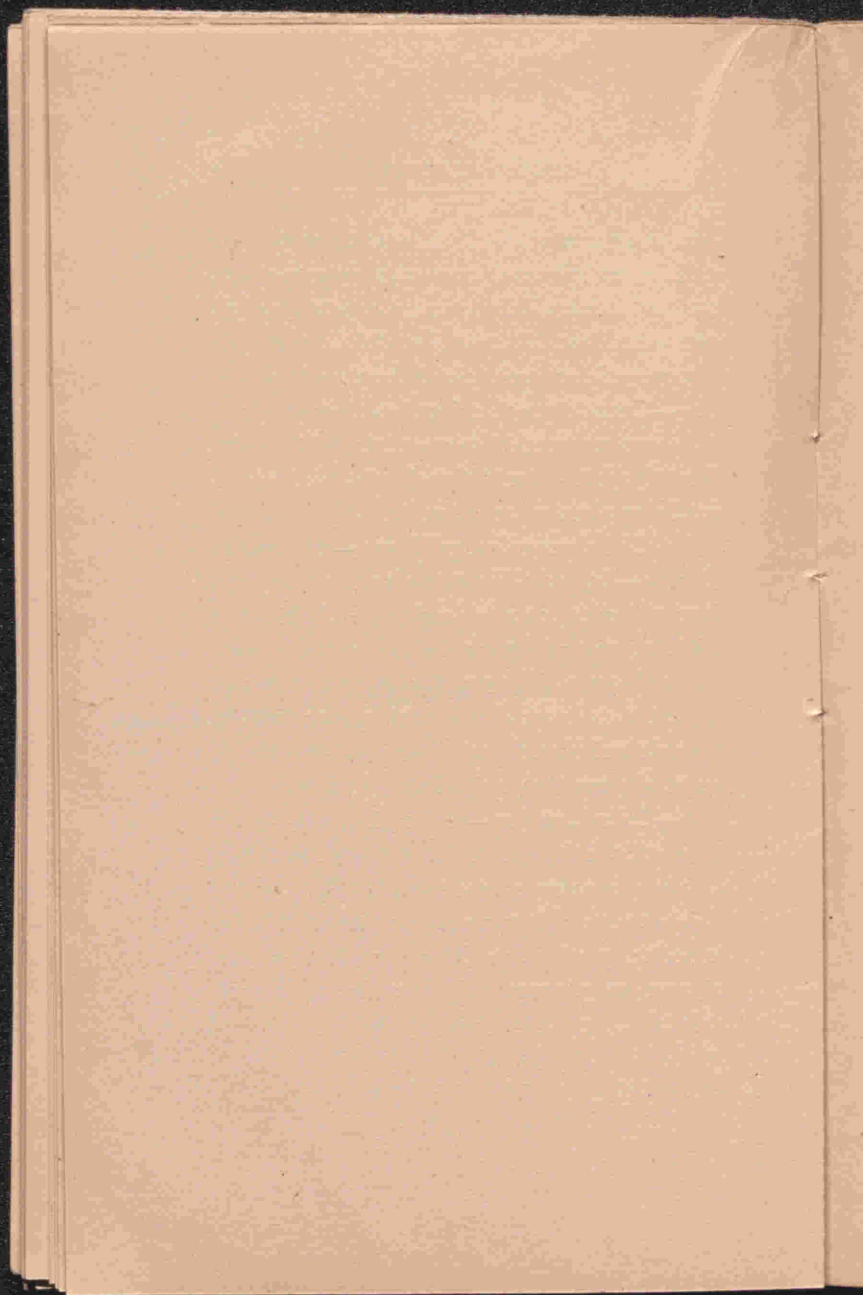
El cinematógrafo y el fonógrafo, pues éstos eran los artificios de que el supuesto encantador se valía para fingir aquellas apariciones, habían variado de improviso los personajes y las voces. Veíase ahora en el

portal de la casa de Sancho á su mujer y á su hija, en piernas, con saya y corpezuelo pardos, camisa de pechos, desgrefñadas, no que peinadas; Teresa hilando un copo de estopa, y Sanchica haciendo puntas de randa.

—Cuando tenga mi padre el condado ó gobierno prometido por nuestro señor amo Don Quijote—decía Sanchica—bordaré alcatifas y almohadas de velludo.

—Como venga ese gobierno—contestaba Teresa—nos envidiarán las señoras de más fantasía, viéndonos calzadas de chapines y vestidas con saboyana de seda sobre redondo verdugado. Pero me dan barruntos de que no caerá esa suerte, pues mi marido, sacándole de guardar gansos ó un hato de cabras, no sé si para otro cuidado será un porro.

—Callad, mujer—replicó Sancho,—y no os metáis á juzgar á vuestro marido, que donde menos se espera salta la liebre, y debajo de una mala capa puede haber un buen bebedor, y válgame Dios por mujeres que ni aun en pintura saben callar ni estarse quietas.



II.



CABABA Don Quijote la plática que con Sancho tenía, dándole para conducirse en el gobierno de la ínsula tan sabios consejos que no parecía sino que Salomón le inspiraba al recomendar á su escudero que procurase conocerse á sí mismo, y se preciara más de ser humilde virtuoso que pecador soberbio, y cuidase de descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico como por entre los sollozos é importunidades del pobre, cuando en esto llegó el Duque y dijo:

—No sé, valiente caballero, que en las pretéritas edades hubiera ninguno tan favorecido de encantadores, magüer otros le per-

sigan y pretendan nublarle y obscurecerle. Venga su merced con Sancho al jardín, donde verán un extraño hipógrifo que les envía Malambruno agradecido al valor con que, montados los dos en Clavileño, viajaron por el aire para sacar de su cuita á las dueñas barbudas, volviendo sus rostros tersos y lampiños. Quiere Malambruno que su merced y Sancho se dejen llevar de ese hipógrifo, el cual los remontará adonde contemplen en toda su redondez la ínsula que á Sancho tengo guardada.

—Bien será—dijo Sancho,—que suba á verla mi señor, que yo no hay para qué, pues cabalgando con sosiego en mi rucio podré verla mañana sin riesgo de que me haga encoger el granizo, ni más arriba, en la región de los rayos, me chamusquen las barbas.

—No ha de ser así, Sancho—contestó el Duque,—pues no habréis de subir tan alto: fuera de que con eso arrancaréis un escrúpulo mío, porque pudiera no gustaros la ínsula, y con decírmelo, yo la trocaría por otra.

No replicó más Sancho y los tres se encaminaron al jardín, donde la Duquesa, su

dueña, doncellas y criados estaban en torno de una hoguera sobre la cual, á salvo de las llamas, se veía una verde tela, desaforada de grande, pendiente de una anilla atravesada por una maroma que, entre dos árboles algo separados, por garruchas y argollas se sostenía y sujetaba. Parecía vestidura de gigante aquella tela verde, circuida de una red de muchas cuerdas pintadas de blanco, á cuyos cabos había atada una barca honda, custodiada por una águila que abría y plegaba sus alas como desperezándose para volar.

Dijeron los Duques que el hipógrifo había llegado en compañía del águila; pero no era ésta sino un paje tan cubierto de plumas que propiamente parecía una de esas grandes aves, ni era el hipógrifo otra cosa que un globo aerostático, el cual, con el aire caliente que lo hinchaba, iba adquiriendo corpulenta redondez y comenzaba á contonearse con gallardía. Pudo entonces leerse bien el nombre del hipógrifo, destacado por letras blancas sobre la verde tela. Estaba puesto en dos renglones, de mayores letras el primero, y decía: EL HALCÓN *de la Man-*

cha, nombre que contentó mucho á Don Quijote por ver que con sus altos hechos se dilataba famoso el nombre de su patria.

En esto dió el águila fuertes chillidos, y en oyéndolos, dijeron los Duques á Don Quijote y Sancho que aquella era la señal prevenida por Malambruno de estar todo dispuesto para la partida. Rogáronles que entraran en la barca, lo cual hizo con pronta valentía el hidalgo, y el escudero con la pusilanimidad que en el ánimo solía hacerle cosquillas. Saltó el águila á la barca y poniéndose entre los dos extendió las alas como para protegerlos. Desataron los criados la maroma y el globo se elevó por los aires, arrojando entonces Sancho el *voto á.....* más redondo que se oyó jamás en las alturas.

Montaron los Duques á caballo para seguir el globo, acompañados de pajes, dueña, doncellas y criados, unos á pie y otros cabalgando, sin faltar quien llevara á *Rocinante* y al rucio para que sobre ellos regresaran Don Quijote y Sancho. Mostraba inquietud la Duquesa por la suerte de los aeronáutas, pero el Duque le dijo que como era leve el soplo del viento, no podía alongarse mucho

el globo, el cual bien hubiera él querido tener tiempo de preparar como otros de mayor perfección y aún como algunos de los que hasta cierto extremo obedecen á voluntario rumbo. En efecto, el globo no tardó en bajar devolviendo sanos y salvos al hidalgo, al águila y al escudero.

Contó Don Quijote maravillas. Opinaba que debía de haber ido á país muy lejano; pero no sabía cuál, pues de los árboles sólo vió las copas, de las casas los techos y los hombres y mujeres habíanle parecido cabezas que andaban. Más con todo eso, habíale agradado, cuando ascendía, ver cómo las cosas se achicaban, volviéndose los árboles arbustos y los arbustos matas y el anchuroso río un riachuelo. Ni menos le contentó, cuando descendía, ver la ínsula de Sancho, la cual conoció porque iba la gente alborozada y debía de ser por la nueva de un nuevo gobernador, que el mudar trae esperanzas de mejora.

—Y vos, Sancho, ¿no habéis vuelto á ver las siete cabrillas del cielo?—preguntó la Duquesa al escudero, que se había sentado sobre una piedra y estaba imaginativo, con la

cara apoyada en la mano y el codo sobre la rodilla.

—Déjenme—dijo con voz desmayada,—
qué yo más he nacido para visitar madrigue-
ras de topos que para competir con las águi-
las, y aunque hubiera de perder cien ínsulas,
no me dejo otra vez subir á las nubes.

III.



POCOS pasos anduvieron Don Quijote y Sancho desde la imprenta donde acababan de ver aquel impertinente libro que osaba llevar el título de *Segunda parte del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, cuando, algo templada la cólera, dijo el hidalgo á su escudero:

—Consuélame el pensar que no habrá quien lea tan mentiroso libro no bien salga á luz la verdadera *Segunda parte*, compuesta por el puntual y escrupuloso Cide Hamete. No quiero ni acordarme de tal libro. En cambio, nunca olvidaré la cortesía con que me

agasajan en esta noble ciudad de Barcelona ni los prodigios aquí vistos, como el de la cabeza encantada y los otros que ayer tanto nos suspendieron.

—Verdaderamente, señor—contestó Sancho,—que aquellas luces eran maravillosas. Un garabato de hierro, con una rajita por donde, al dar vuelta á una clavija, respiraba uno como soplo, ardía al acercarle una luz, y luego apagaban la llama del garabato con revolver la clavija. ¡Pues qué aquella lámpara que encendían sin acercar luz ninguna! Miréla yo bien y no ví llama, sino un hilo ensortijado brillantísimo.

En esta plática, que con regocijo oían los dos criados de Don Antonio que á Don Quijote y Sancho acompañaban, iban éstos entretenidos, cuando al doblar una esquina toparon con un tropel de muchachos que á todo correr, con papeles debajo del brazo, salían de una casa diciendo á voces: «EL CIDE HAMETE con las últimas aventuras de Don Quijote y su escudero.»

La gente que iba por la calle llamaba á los muchachos para comprarles algunos de los dichos papeles, y, después de entregar-

los, seguían los chicos su camino corriendo y voceando.

Pasmó todo aquello á Don Quijote y Sancho; pero, movidos luego de curiosidad, se acercaron á la casa de donde aquellos vocingleros habían salido, y sobre la puerta, escrito con grandes letras, leyeron: *Imprenta de EL CIDE HAMETE*. Entraron, y aquí sí que fué el admirarse viendo una máquina compuesta de muchos tornos de hierro que entrecojían y volteaban una sábana de papel que se desplegaba de un gran rollo que había en el suelo. A un lado de la máquina, varias ruedas con otras de los tornos, al impulso de otra rueda ceñida por una correa, encajaban sus dientes, girando unas con celeridad y otras más pausadas. Al otro lado, escudos chicos y cortas lanzas de hierro se movían con acompasado giro ó balanceo. Y por detrás se alzaba é inclinaba una reja, recibiendo, al alzarse, las hojas impresas en que la sábana se transformaba, y poniendo, al inclinarse, esas hojas ante un oficial que á diestra y siniestra mano, alternativamente, las amontonaba hasta que otro las recogía.

Pidió Don Quijote con atentos modales

una de aquellas hojas, y leyó un título en dos renglones que decía: EL CIDE HAMETE, *diario de Barcelona*. Siguió leyendo y vió una relación de lo que él y Sancho en casa de Don Antonio hicieron y dijeron, tan puntual que ningún pormenor se olvidaba, y hasta se veía grabada la escena del sarao, con el cortés hidalgo sentado en el suelo, de puro molido en la danza. A la izquierda, en página que al doblar la hoja sería la cuarta, no había otra cosa que muchos carteles chicos; pero en las dos páginas de la vuelta se leía el discurso de un repúblico que pedía la reforma de unas costumbres y el destierro de otras, el memorial de un arbitrista para aumentar las rentas del Erario, una oda, y sobre un trozo de novela nuevas de lo que acontecía en varios reinos y provincias, sin olvidar lo que acaecía al Gran Turco y á los Emperadores del Japón y de la China.

De gran gusto fué á Don Quijote que se juzgase tan dignos de saberse sus hechos como las provisiones que en las costas de Nápoles y Sicilia y en la isla de Malta se mandaba hacer por si á ellas llegase la armada del turco. Preguntó el secreto de tan

variada composición, y un oficial le respondió:

—Señor caballero, las palabras de discurso dicho y no leído las tomó el taquígrafo; las nuevas de cercanas ó lueñas tierras trájolas el telégrafo, y de la escena del sarao en casa de Don Antonio Moreno sacó un fotógrafo instantánea y fidelísima copia. Compuestas luego por los tipógrafos con letras de imprenta todas las palabras del diario, y grabada nueva copia de la que dió el fotógrafo, vino el hacer de todo ello unos moldes cóncavos de cartón que sirvieron para sacar esos relieves de metal que veis ahí ajustados sobre dos de los tornos de la máquina rotativa, los cuales tornos, al dar vuelta, aprietan esos relieves como sellos contra la sábana de papel é imprimen tales hojas. Esto es lo que en breves razones os puedo decir; si más quisiéredes saber, preguntad y responderé de buena gana.

—Señor —dijo Sancho á Don Quijote,— el encantador que todo esto dirige debe de ser un grandísimo brujo, de quien serán criados todos esos que tienen el nombre de *grafo*, con los cuales no sé yo qué secreto

pueda guardarse cuando tal priesa se dan á divulgar toda nueva. Pero pon tu pleito en consejo y unos dirán que es blanco y otros que es negro; no la hagas y no la temas; tal el tiempo, tal el tiento.

IV.



LEGADO el esquiſe á cierta parte de la marina que ſeñaló el Virrey, dijo Don Quijote á Sancho que saltara á tierra para darle la mano al desembarcar, porque él quería hacer lo mismo con el Virrey y Don Antonio y con la hermosísima y desventurada Ana Félix, por quien se sentía dispuesto á pasar á Argel y pelearse con los moros por salvar al fiel amador de ella Don Gregorio. Más no bien desembarcaron todos, cuando Sancho, que embelesado con la vista del mar no acercaba á quitar de él sus ojos, dijo:

—Señor, ¿qué bajel es ese tan extraño

que viene ahora hacia las galeras y el bergantín?

Miró Don Quijote y vió que á mucho andar se acercaba una nave que al parecer traía abatida la entena y apuntado al cielo el cañón de crujía de cuya boca salía larga y tendida humareda. Siguieron con la vista el extraño bajel admirados Don Quijote y Sancho y más se pasmaron cuando estuvo cerca, porque no traía arboladura ni palamenta, señales de no necesitar vela al viento ni remo á mano; pero una rueda, con la cual otra debía corresponderse en la opuesta banda, zambullía con ligereza sus rayos en el agua y de ella entre blanca espuma los sacaba.

—Jurara yo—dijo Don Quijote— si como veo una de las ruedas, viera también los caballos, que ese era el carro de Neptuno; pero nunca leí que de tal carro saliera humo. En bajel sin remos, vela, mástil ni jarcias algún andante caballero, con intrépido corazón, se confió á las implacables olas, más no sé que se corriesen aventuras en bajeles con ruedas.

—Señor —replicó Sancho,— éste debe

de ser otro gigante como aquel que vimos andar por tierra, alimentándose de fuego y haciendo correr los árboles, y que nos llevó tan á priesa que cuando quisimos recordar el pueblo de donde partimos, ya llegábamos á otro que estaba lejos, por lo cual dije á vuestra merced que no me maravillaba ya de que por encantamento los andantes caballeros amaneciesen en un sitio y anochebiesen en otro distante muchas leguas, aunque no se contasen éstas por miles como vuestra merced quería.

—Sancho acierta en parte—dijo el Virrey—porque el alimento de éste como de aquel gigante no es sólo de fuego sino también de agua, que con el calor de ese fuego se transforma en vapor, cuyo aliento mueve ahí el émbolo trabado por barra y manubrio con el eje común de ambas ruedas y á él y á ellas hace dar vueltas; pero es lo bueno que algunos de esos gigantes marinos no corren con dos ruedas sino con una sola, puesta detrás, junto al codaste, y al través con el eje paralelo á la quilla, rueda de hechura especial, pues está formada de dos ó cuatro aspas como rebanada que se cortase

en una rosca grande de dos ó tres espirales parecida á columna de estrías serpenteadas si más adentro las estrías llegaran.

Preguntar quería Don Quijote cómo enroscándose tales aspas en el agua hacían andar el bajel; pero el rápido tañido de una campana que sonó á las espaldas hizo volverse á todos, y si admiración habían sentido Don Quijote y Sancho con lo que vieran en el mar, aún les pareció mayor maravilla lo que en tierra contemplaban. Era el caso que por dos férreos carriles un coche lleno de gente corría sin que lo arrastrasen caballos ni el fuego lo alimentara, pues humo no se descubría, y como si fuera un ser viviente, alzaba el coche uno como brazo cuya mano resbalaba por un alambre sustentado por columnas de hierro á trechos colocadas.

—Ordenó mi ventura, señor Virrey,—dijo Don Quijote,—traerme á esta ciudad, espejo de la cortesía y escuela de los prodigios.

—Este es grande á fe—exclamó Sancho—pues yo he visto á veces cruzar por un río una barca, empujada por un hombre que iba en ella y así de una cuerda en ambas

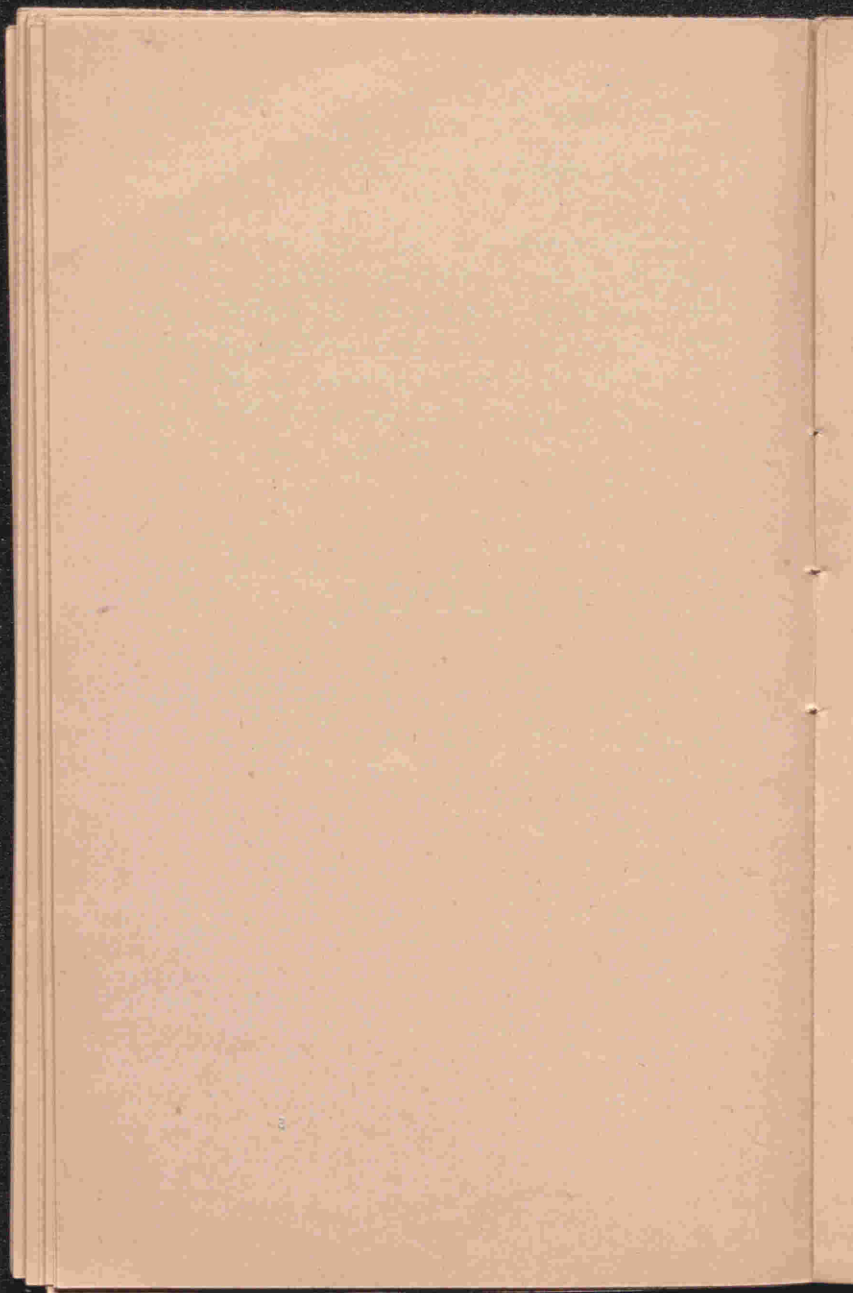
orillas amarrada, con la cual topaba un palo de la barca para que no la llevara la corriente; pero aquí, aunque se ve la cuerda y el palo ó brazo, no hay río ninguno.

—Pues sí hay río,—contestó el Virrey que gustaba de oír á Sancho,—y más raudo que un torrente, siquiera su cauce pueda ser tan estrecho como si un alfiler lo abriese; pero esa corriente, que llaman eléctrica, es como el temblorcillo que en los sobresaltos de miedo le sube á Sancho del corazón á la boca y le hace dar diente con diente. También hay ahí partes ó dientes que por estremecimientos y desmayos se juntan y apartan moviendo alguna rueda á que algunos de esos dientes pertenecen. Pero todo esto, para entendido, pide más espacio.

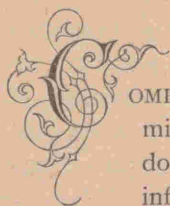
—Quisiera—dijo Sancho,—me diese licencia el Virrey para decir que, según mi corto entendimiento, juzgando por las maravillas que he visto y veo, mi señor Don Quijote no se aparta un ápice de la verdad cuando sostiene que hay encantadores, porque sólo ellos pudieran hacer estos prodigios que vemos de llevarnos por tierra y por mar como disparadas flechas y subirnos

por los aires como aves voladoras; y pues nadie sabe lo que está por venir y de hoy á mañana hay muchas horas, pienso que cuando menos uno se cate, le bajarán al fondo del mar para que se quede atónito ante palacios maravillosos fabricados de rojos corales, nácar y perlas.

EPÍLOGO



EPÍLOGO.



COMENZABA á sacudir el adormecimiento que me tenía embargado; pero aún estaba debajo del influjo del ensueño y, aunque algo desvanecidas, seguía viendo las mismas figuras en escena.

Había doblado Don Quijote la cabeza sobre el pecho y estaba como ensimismado sin decir palabra. Mirábanle inquietos los que le rodeaban, cuando de pronto alzó el semblante y, dando un gran suspiro, dijo:

—Volvamos, Sancho amigo, á nuestra aldea, que con lo que he visto hartó encantado estoy, y no por malignos encantadores, sino por otros benéficos que saben aprove-

char los secretos naturales en pro de los hombres, llevándolos con sosiego por doquier, ahorrándoles el trabajo de las manos para que mejor cultiven su entendimiento y procurando honesto recreo á su ánimo cuando con la contemplación y estudio se fatigue. Y cuando tal poder veo patentemente en estos buenos encantadores, nada podrán contra ellos los malos y ya Dulcinea debe haber sido desencantada y vuelta á su pristina hermosura. Vámonos, repito, á nuestro lugar, que no son éstos que corren tiempos de andante caballería cuando por todas partes, sin caballo alguno, tantas cosas veo andantes.

—No se achique vuestra merced—replicó Sancho con aquel buen sentido que solía brillar en medio de su rusticidad y simpleza,—no se achique, señor, y deje que sus aventuras y las mías vayan y acaben como Miguel de Cervantes imagine y Cide Hamete quiera contar. Contésteme, si no, á lo que voy á decirle: si el pájaro encerrado en su jaula fuese un sér racional que pudiera arreglar mejor su cajón de semillas para comer, su vaso para beber y los palos ó cañas para

posarse ó saltar, ¿cree vuestra merced que por eso dejaría el pájaro de asomarse por entre los hierros de su jaula y entretenerse en fantasías á su modo? Pues yo digo que, con todas las invenciones que se hagan, cada hombre tendrá su alma en su armario y que su imaginación irá por donde le plazca, y tal puede ella volar que admire y absorte á todos.

—Razón tiene el buen Sancho—dije para mí.—No por adelantar los siglos y responder mejor á nuestros deseos, deja el alma de pedir otras satisfacciones que unas veces espera de cosas pasadas, que le agrada recordar, y otras veces de cosas nuevas, en cuya invención se complace. Meciéndose entre el amor del pasado y la preparación generosa del porvenir, la historia humana es toda ella trabazón y enlace de unos tiempos con otros y no se desliga el presente del anterior, aun siendo remoto, ni del venidero, siquiera distante. Cantando Ariosto las proezas de enamorados caballeros y el Tasso la epopeya de las Cruzadas, no hacen sino rendir á las grandezas del pasado el tributo merecido, sin que ello impida á privilegiados talentos,

como Bacon y Descartes, señalar nuevos rumbos por donde provechosamente se ejercite el pensamiento.

Ni se contenta la imaginación con reproducir los tiempos que fueron y vislumbrar los que serán, sino que en otras direcciones está pronta á volar, alentada por luz indecisa ó por obscuridad con puntos brillantes, y aun por plena luz que no revela aquello que por su naturaleza no se hizo para que con los ojos se viera. En la atmósfera que nos circunda, el sol, al salir ó ponerse, refleja la luz vaga del crepúsculo, y aunque por la noche se multipliquen las lámparas eléctricas, no parecen á distancia sino grupos de estrellas entre las cuales median espacios oscuros. Esto mismo acontece en el mundo no material, y así tiene siempre adonde lanzarse la fantasía. Por eso lo maravilloso es de todos tiempos. Cuando se retiran las hadas y los encantadores, aparecen las almas ó espíritus que se evocan, ó las potencias sugestivas que adormecen la voluntad ó sin propio impulso la mueven.

Adelanten las ciencias realizando tales prodigios que parezcan cosa de encantamen-

to, mejórense á la par las leyes, usos y costumbres de tal modo que sea cada nación el Estado mejor constituido por el filósofo más ideal, y con todo eso, y sin tener delante novelas ni cuentos fantásticos, sino las obras más serias de Historia, Ciencias y Filosofía, aún gustará la imaginación de tender sus alas por otros espacios, y pareciéndole mejores, acaso sólo por ser diferentes, dirá alborozada:

Soñemos, alma, soñemos.

*
* *

Habíanse desvanecido las figuras de mi ensueño; pero creía ver ahora á Cervantes sentado ante una mesa donde tenía abierto su libro inmortal. Separaba levemente sus labios una sonrisa burlona, no exenta de amargura. Sentí, al verle, algún escrúpulo de haber llevado demasiado lejos la concepción de soñar como se quisiera.

—Soñemos— díjeme rectificando, —mas cuidemos del despertar. Cada fase de lo maravilloso tiene su tiempo, y fuera de él esa fase hace sonreír, no por su esencia, sino por su vestidura. Vestiglos, gigantes y encantadores pudo crearlos la imaginación de antiguos pueblos germanos y normandos ó la de pueblos orientales, como los árabes, ó la de unos y otros por separado; pero esas creaciones tuvieron su sazón oportuna, la cual pasada, sólo cabía darles sentido figurativo, personificando ó entendiendo con ellas las preocupaciones que parecen velar por lo ya establecido y por cierta prescripción respetado, los obstáculos opuestos á la idea nueva ó renovada y los mañeros artificios de que la envidia se vale, ora procurando destruir la ilusión del reformador con mostrarle ajado en su hermosura el ideal que de entusiasmo le arrebatara, ora haciendo dudar, á los que pudieran seguir á tal reformador, de la entereza de su juicio ó de la elevación del impulso que le anima.

Hay gratos sueños; pero para que el despertar sea también agradable, si fueron de bienandanza social ó de halagüena orienta-

ción en las regiones del Arte ó de las Letras, se requiere que pueda corresponder la realidad con mudanzas por muchos bien acogidas, porque en período de decaimiento despierten fuerzas latentes ó en otro de excitación den calma para recuperar las fuerzas perdidas ó concentrar las disipadas. Por amor al pasado surgió el Renacimiento; mas fué poderoso y duradero, porque el antiguo pueblo griego, cuya memoria se evocaba, había mostrado tan claro entendimiento en Ciencias y Filosofía, tan esmerado primor en las Letras y tan elevada inspiración en las Artes, que bien podía esperarse de sus obras que, así como habían servido de modelo á las latinas en los tiempos de su mayor esplendor, alentaran nuevas aspiraciones en los comienzos de la Edad Moderna, brindando con vida gozosa y expansiva á la inteligencia é imaginación cuando á éstas se presentaba espacioso campo de útiles invenciones, sorprendentes viajes y grandiosos descubrimientos.

Soñemos, pues, pero como decía el héroe de *La vida es sueño*:

«Con atención y consejo
de que hemos de despertar
deste gusto al mejor tiempo;
que llevándolo sabido,
será el desengaño menos.»

*
* *

Cúidase Cervantes del despertar—proseguí diciéndome.—Ve con claridad el camino de lo sublime, mas comprende cuando, desviándose un poco el caminante, comienzan á sonreír los que le contemplan, y cuando, apartándose más, estalla la risa. Pero Don Quijote no despierta en Alonso Quijano el Bueno sino después de haber corrido como Ingenioso Hidalgo locas aventuras sin que, deslumbrado por lo sublime, eche de ver cuándo resbala por el ridículo ó tiene en éste su caída. Alma enamorada de grandezas pasadas, y no tales como fueron, sino como él se las imagina, intenta su resurrección sin ajustarla á nuevos tiempos. No advierte que, á pesar de ser entonces muy leídos los libros

de andante caballería, no salían ya caballeros en busca de aventuras: señal clara de que el pasado, real ó por la exageración imaginario, ofrecía atractivos, pero no movía la voluntad, hasta el punto de restaurarlo en la práctica. No para en ello mientes Don Quijote, y así provoca la risa con la aplicación inoportuna.

¿Cómo no reirse viéndole vestir fuera del uso de los otros hombres; pretender que su dama fuese por todos proclamada de sin par hermosura, bastando que á él tal le pareciera; buscar sin discernimiento el peligro, en vez de afrontarlo cuando el curso natural de los sucesos se lo presentara; conducirse con temeridad, no teniendo que dar ejemplo de valor á un ejército que momento de desmayo padeciese; tener por cosa averiguada y no fantástica la existencia de vestiglos, gigantes y encantadores, y, llevado de la imaginación acalorada, tomar el estruendo de mazos de batán por temerosa aventura, las ventas y aceñas por castillos ó palacios, y los rebaños, envueltos en el polvo que al andar levantaban, por ejércitos preparados á reñir encarnizada pelea, conducidos los unos

por príncipes fieles y los otros por furibundos paganos?

Pero la lamentable caída realza más la altura á que el héroe se eleva. Don Quijote, por su ilustración general ó por la lectura de libros de caballería, escritos por hombres de letras, que de ellas pretendían hacer gala trasladándolas á los personajes que pintaban, no se sustrae á lo que llaman ley del progreso. Quiere aparecer hombre del pasado, y, sin advertirlo, es hombre del presente y aun del porvenir, porque el tipo de caballero que se traza está llevado á mayor perfección. Quiérole no sólo esforzado, liberal y mantenedor de la verdad, sino también docto hasta el punto de ser jurisperito para entender de la justicia distributiva y conmutativa, teólogo para saber los principios y fundamentos de la cristiana ley que profesa; médico, herbolario, astrónomo y matemático, para no verse entorpecido en posibles ó seguros acontecimientos de la vida, y, por añadidura, para persuadir y mover el ánimo de los que le escuchan, tan elocuente como los más afamados oradores de la antigüedad griega y latina. Así, lo que pierde por un

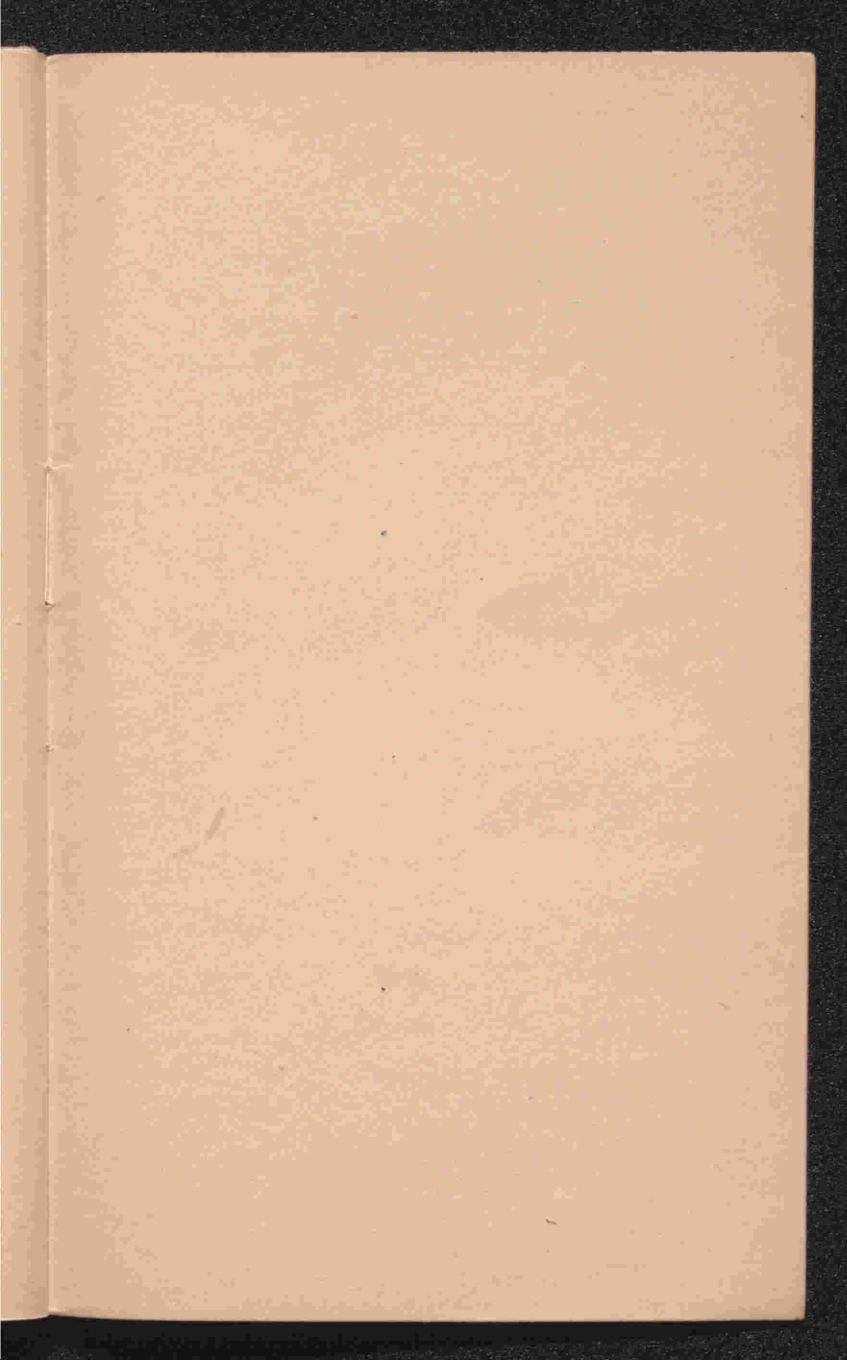
concepto, gánalo con creces por otro. Si con sus desvaríos en un pasaje hace reír, en otro, con su discreción y sabiduría, con su valor y corteses cumplimientos, causa admiración y arranca el aplauso.

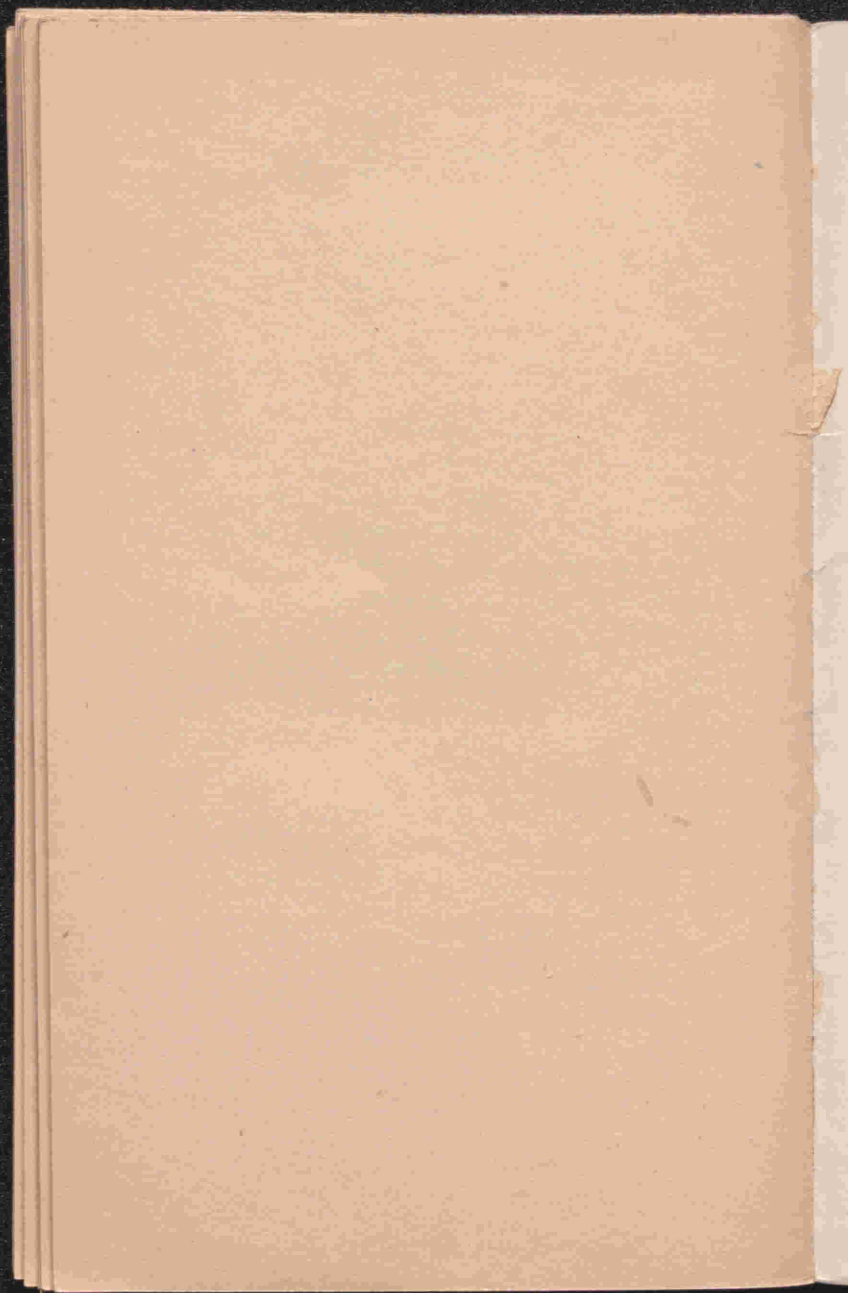
Figura de carácter tan elevado á pesar de sus flaquezas, tenía que mirarla su autor con entrañable cariño. Quiérele Cervantes como á su hijo predilecto, y hace decir á su pluma, cuando termina la historia de las aventuras del Ingenioso Hidalgo y le deja en el sepulcro: *Para mí sola nació Don Quijote y yo para él; él supo obrar y yo escribir; solos los dos somos para en uno.* Y el mundo le complace no viendo á Cervantes sin Don Quijote ni á éste sin aquél. Su obra maestra deja en cierta penumbra las otras, á pesar del gran mérito de algunas de ellas, que son bonísimas. Bien es verdad que á ninguno de los personajes creados por su rica imaginación infundió tal aliento de su propia alma ni le dió tanta parte de su propia vida.

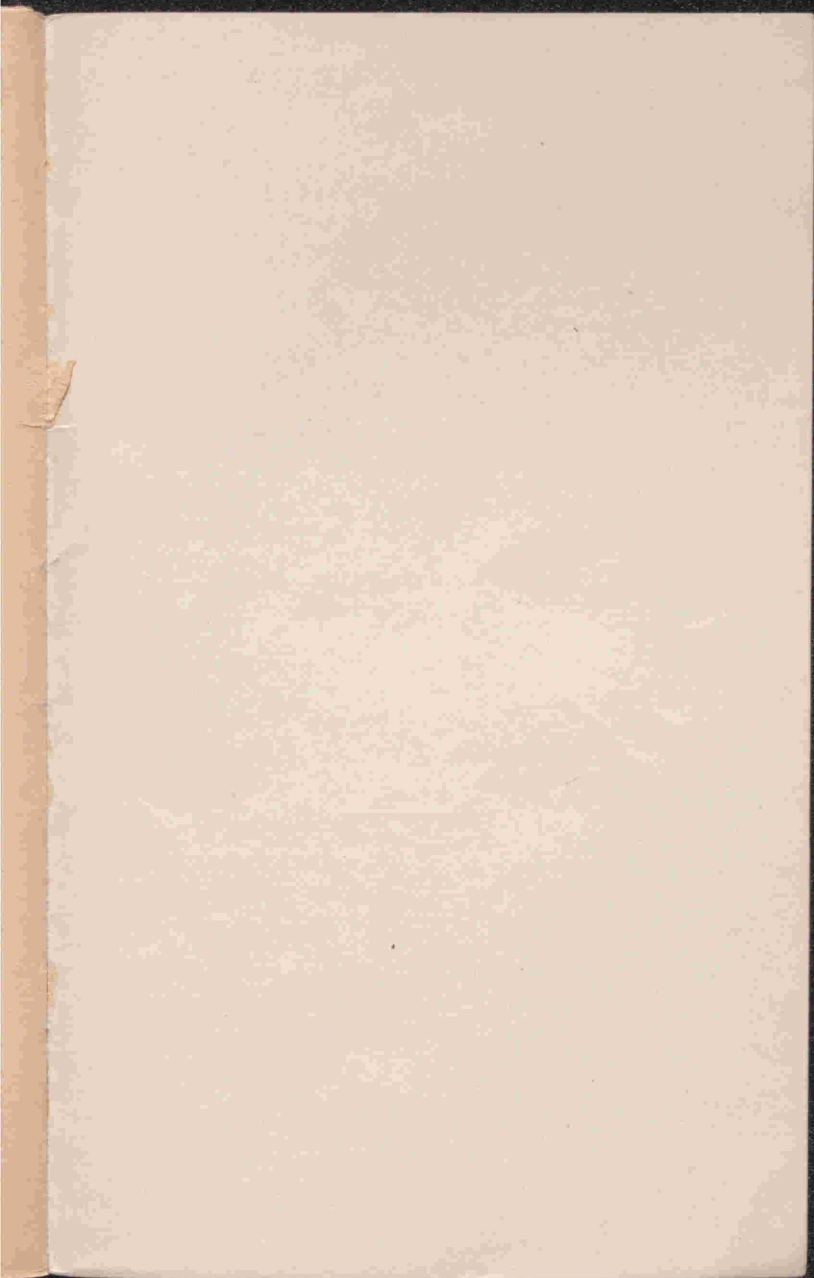
Era Cervantes, como Don Quijote, valiente en los hechos, liberal en las obras, honesto en las palabras, inclinado siempre á hacer bien á todos y mantenedor de la ver-

dad, aunque le saliera al paso un censor impertinente de éstos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrechez de sus ánimos. Don Quijote, como Cervantes, de dos envidias que hay, sólo era capaz de sentir la santa, la noble y bien intencionada; como él, prefería la honra á la vida, y si le hubiera nacido manquedad de asistir á la batalla de Lepanto, quisiera antes haberse hallado en aquella facción prodigiosa que sano de heridas sin haberse hallado en ella. El escritor es digno del valeroso caballero y éste del inmortal escritor.

Solos los dos son para en uno.







PRECIO: 50 céntimos.

De venta en las principales librerías.
